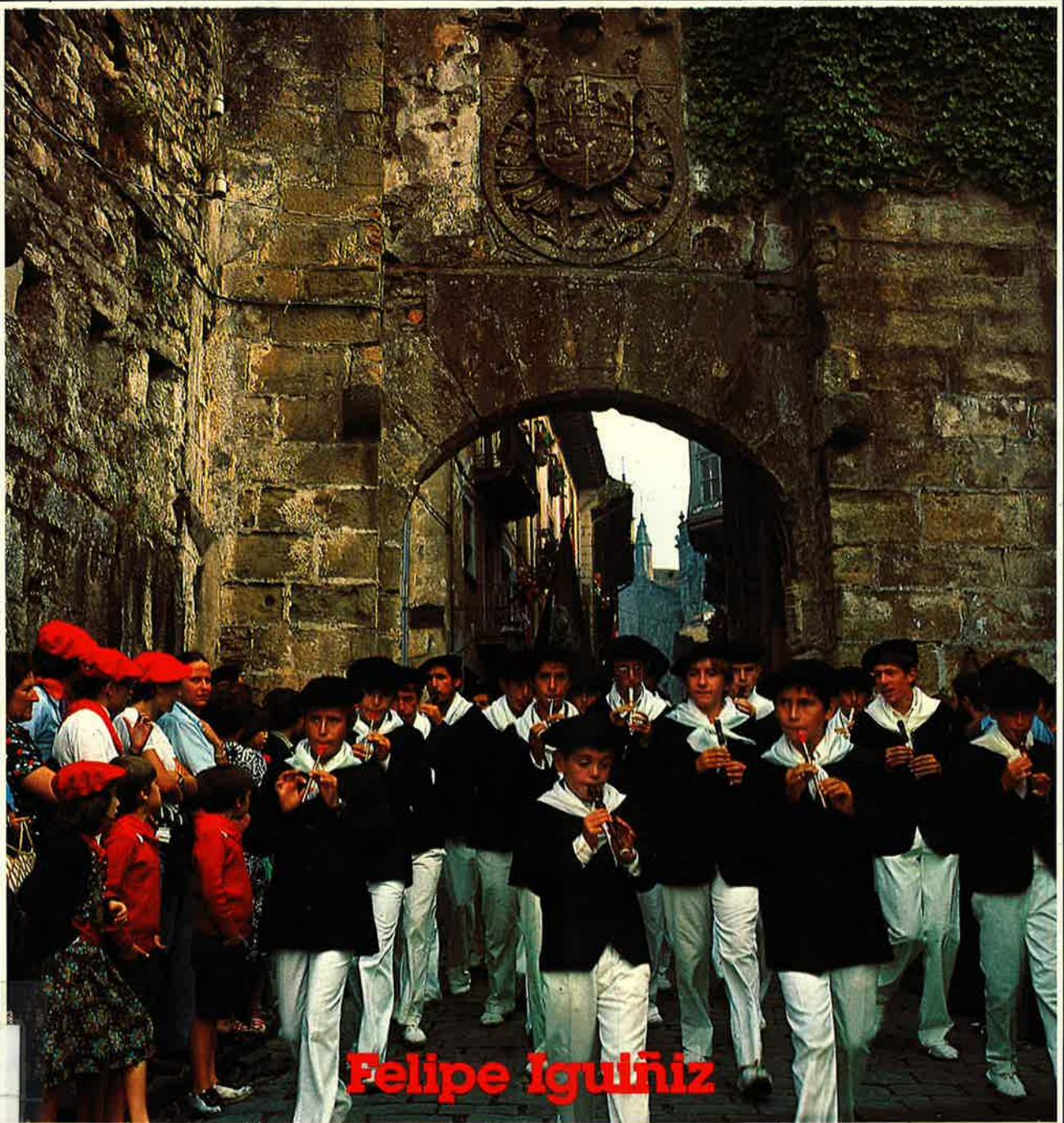


Fuenterrabía y su Alarde



Felipe Iguñiz

ediciones vascas  argitaletxea

EL ALARDE EN EL MONTE

Volviendo al desarrollo de los actos que se festejan en el monte durante la mañana del 8 de setiembre, a eso del mediodía y con el recinto del santuario y las cercanías pletóricas de muchedumbres bullangueras, da comienzo la misa solemne con sermón alegórico incluido, presidida por el Ayuntamiento en Corporación con los mandos del alarde.

Una vez despedida la comunidad por el oficiante al término del sacrificio místico, vuelve a formarse el alarde —aunque un tanto diezmado— ante el templo, para dirigirse desfilando a la campa contigua que se encuentra tras el edificio, donde en presencia de los cabildos, se desarrollan las evoluciones estipuladas y las descargas de fusilería sin que falten las carcasas pirotécnicas que descoynten el monte. Tras el rompan filas viene el relax. Los soldados se mezclan con el público espectador asaltando literalmente los bares improvisados el respecto, con la pretensión de reponer fatigas mediante el consabido “piscolabis” de tortilla y chistorra y buena sidra, antes de bajar al pueblo para la tradicional comida en familia. Por su parte, las autoridades municipales con el clero y los invitados al acto, suele ser frecuente que pasen a las dependencias privadas de la hostería adosada a la sacristía, para degustar el banquete aniversario que ofrece el Ayuntamiento.

LA ALEGRÍA DE LA TARDE

Por la tarde la fiesta pierde algo de la relativa intimidad que encierra durante la mañana, con la avalancha de millares de visitantes que ocupan cualquier resquicio del itinerario. El desperdigado batallón más cargadas las euforias y ruidosas si cabe las escopetas, después de una pitanza generosamente regada de alcoholes y otros estimulantes que ponen pinceladas grosellas en los carrillos, se deja ver deambulando por los bares de la marina hasta el momento de reagruparse nuevamente por compañías y colores. Sobre las cinco y media forma el batallón en Saindua bajo la vigilancia del burgomaestre y su escolta de prusianos. Las cantineras que para entonces ya han perdido la timidez matutina, coquetean vivarachas con ojillos traviosos más brillantes de lo habitual, sonrosadas las mejillas sin necesidad de maquillaje, inquietas y deseosas de emprender la marcha para lucirse ante sus convecinos.

Conducido como a la mañana por los hatxeros que abren camino con mayor euforia, se encamina el alarde hacia la Marina, hervidero de turistas a esas horas. Después de las descargas que individualmente efectúa cada grupo ante la sede oficial de la Hermandad de Mareantes de San Pedro, el batallón toma la ruta del casco viejo rodeando el promontorio amurallado por su lado Este, desfilando entre la frescura de bellos jardines que Fuenterrabía cuida con esmero, subiendo a continuación la milicia por la calle Mayor hacia la plaza de Armas.

ENTREGA DE LA BANDERA

Vuelto el clero a su parroquia con sus pendones, y oriflomas procesionales, se acomoda la tropa con cierto apretujamiento en la calle Mayor, dejando en el centro de la calzada un angosto pasillo por el que desfila la banda de música y la compañía de Arkoll a los sonos triunfales, una vez más, del titi-biliti, recibiendo la enseña ciudadana a su paso el homenaje de todos los congregados, tanto soldados desfilantes como espectadores pasivos, comprimidos por igual en la estrechez de las aceras y balcones del recorrido. La bandera de Fuenterrabía es recibida a su llegada al Ayuntamiento por la primera autoridad de éste; al aparecer la insignia en el balcón y ser ondeada a los cuatro vientos, una eclosión de júbilo, vítores enfervorizados y aplausos y chupinazos envuelve la calle, mientras la banda interpreta el himno y los soldados presentan armas.

Más erguido que en ningún otro momento el general ordena desde su montura el ¡carguen armas!, produciéndose poco después a la voz de “¡fuego!”, la más tremebunda y estentórea de cuantas descargas efectúa el batallón ese día, que obtiene su justa réplica en los tronidos de la artillería que, quizás por aquello de la retumbancia, rotura de cristales y los cardíacos de la calle Mayor, suele permanecer en la plaza de Armas disparando a placer, para que su rugido se escuche en media provincia y anuncie con él la alegría de la ciudad. Las salvas se entremezclan con los panegíricos del general a su particular ejército de un día, recitando la fórmula de pleitesía centenaria “LA MUY NOBLE, MUY LEAL, MUY VALEROSA y MUY SIEMPRE FIEL CIUDAD DE FUNTERRABIA, ¡VIVA!”, coreada por miles de pechos que redoblan sus entusiasmos a los gritos de “¡Gora Ama Guadalupekoa!”

Concluida la función el alarde desfila hacia su ocaso no sin antes saludar a su general, tomando después cada formación el camino respectivo de la correspondiente barriada. Antes de su definitiva disolución hasta un venturoso próximo año, cada compañía rendirá el último homenaje a la cantinera, acompañándole a su casa y disparando en su honor las últimas salvas de la tarde.

Cuando el sol cae dulcemente por la cara oculta del Jaizquíbel lamiendo el lomo del cerro, tiñendo de oro a Fuenterrabía y su mar, la ciudad suele contemplar una de las mayores turbamultas de gentes ávidas de saborear la leche y miel de tan elegida tierra.

Un año más Fuenterrabía habrá cumplido con el voto que hicieran sus mayores pero sobre todo, habrá enriquecido su legendario acerbo cultural, renovando celosamente la tradición del alarde. Alarde fantástico el de Ondarribia, diríase que desprendido de un grabado, de un legajo de la historia, del mosaico del tiempo retenido. Alarde con solera, con poso de buena crianza y sabiduría y sabor a roble y sal.